

La dirección postal de Miss Curtis es: 5000 North Ashland Avenue, Chicago, Estados Unidos de América.

(Tomado del libro *The American Catholic Who's Who*. Impreso por la casa editorial B. Herder, 17, South Broadway, St. Louis, Mo., E. U. A., 1911. 710 págs. Compilado y editado por Miss Georgina Pell Curtis).

DEBE Y HABER DE LA LITERATURA INGLESA

POR

GEORGINA PELL CURTIS

(Artículo escrito en inglés especialmente para la REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, y traducido por José María Restrepo Millán, alumno externo de la Facultad de Filosofía y Letras del Colegio)

No hay país que en el comienzo de su formación haya debido tanto á la literatura y al idioma de otras naciones, como Inglaterra. El anglosajón, el latín, el franconormando, el cimbriico y el gaélico, todos se han refundido en la literatura inglesa.

La historia de la literatura británica se divide en tres períodos: comienza el primero con el fin de la ocupación romana y termina al venir la conquista de los normandos; encierra, pues, la literatura de las lenguas céltica, latina y anglosajona. El segundo período, que se extiende desde la entrada de los normandos á Inglaterra hasta Enrique VIII, abraza la literatura franconormanda, latina y anglosajona, así como la evolución gradual del anglosajón al inglés, y la literatura de los siglos XIV y XV. El tercer período comprende la reforma y la época de oro de Isabel, seguidas de la restauración, la revolución y los siglos XVIII y XIX.

Hay otra división denominada de esta manera: inglés primitivo, inglés antiguo, é inglés de transición. (*Old, ear-*

ly, middle english). Este último fue el que habló Chaucer. Aunque tiene muchas palabras tomadas del francés, una persona de mediana ilustración puede leerlo, hoy día, muy fácilmente; basta, para ello, un poco de atención y cuidado.

Es un hecho curioso el que los anglosajones, cuyos descendientes, los ingleses, gozan hoy de la vida nacional y literatura más poderosas, no pueden jactarse de poseer un tesoro de literatura antigua tan rico como lo tienen los irlandeses y los del País de Gales. Los romances (*Bardic Songs*) y leyendas de Irlanda datan de antes del siglo IX. En ese tiempo apareció en dicha isla el *Salterio de Cashel*, que aún se conserva; también hay crónicas en prosa que se cree fueron escritas en épocas todavía mucho más tempranas; se encuentra en ellas la historia contemporánea de país, narrada en la lengua gaélica del siglo V.

No hay, en verdad, otra nación europea que pueda mirar tan atrás en su historia literaria.

Los celtas de Escocia tienen versos regulares desde hace mucho tiempo. Sirva de ejemplo el *Ossian*, que narra las heroicas aventuras de Fingal y que parece que cantaron todos los bardos escoceses antiguos. En el siglo XVIII Macpherson, natural de Escocia, encontró algunos de los poemas cantados en las montañas de su país; se propuso estudiarlos con cuidado y curiosidad, tradujo del gaélico al inglés todo lo que había hallado, y publicó su obra en 1762. Apenas la conoció el público, se empezó á discutir su autenticidad, y hoy todavía las opiniones están divididas.

Las gloriosas leyendas del rey Artús y de los Caballeros de la Tabla Redonda son producto de la literatura de los celtas cimbriicos, primeros habitantes de Inglaterra. Todos los romances (*Bardic Songs*) se refieren á ese valeroso monarca que resistió enérgicamente á los sajones y cuyas aventuras fueron el tema de todas las canciones bretonas de Gales.

Los habitantes de Bretaña, expulsados por los piratas invasores, se refugiaron en Francia. No tardó la fama de

sus leyendas en comenzar á extenderse por toda Europa, hasta llenarla, poco á poco, por completo, y servir á los poetas caballerescos de todas las naciones, como temas para sus versos.

No sólo esas leyendas se conocen. Hay muchas otras venidas también del País de Gales; entre ellas se cuentan las *Triads*, obra cuyo origen se remonta á tiempos muy lejanos. Son una colección de máximas históricas y mitológicas, tradiciones, doctrinas teológicas y reglas para hacer versos. Los *Mabinogi* ó *Cuentos de la Juventud* (*Tales of Youth*) son leyendas gaélicas semejantes á los *Norse Sagas*, sobre las que opinan los críticos que datan de una edad muy ruda y primitiva.

El anglosajón es muy diferente de esas otras lenguas. No tiene leyendas ni temas nacionales; su primera prosa, así como sus primeros versos, son más narraciones religiosas é información práctica que obras literarias. El poema de *Beowulf*, un verdadero *Norse Saga*, relata los hechos y aventuras de los sajones antes de su invasión á Inglaterra. Probablemente fue escrito antes de que los sajones pusieran el pie en el suelo inglés. El poema lírico del *Widsith* es más antiguo que el de *Beowulf*; presenta también interés histórico en sus relaciones de los hechos de los reyes, príncipes y guerreros. En él se notan trazas de epopeya que están mucho más marcadas en el de *Beowulf*.

En los siglos V y VI las invasiones germánicas llevaron á Inglaterra una literatura pagana. Los fragmentos más antiguos que se conservan son el *Hexensprüche* y el *Charms*. Se encuentran en ellos elementos de enseñanzas cristianas, lo que da lugar á pensar que la Iglesia trató de ejercer alguna influencia sobre ellos. Por algunos aspectos se parecen á los antiguos poemas sánscritos, y se cree que son los ensayos más antiguos de poesía lírica en Inglaterra.

Alfredo el Grande dio mucho impulso á la prosa de su país; poco después de su muerte se publicó una traduc-

ción de la Biblia en lengua nacional. Esta traducción fue la segunda que de la Biblia se hizo en Inglaterra; la primera, en idioma mesogótico, había sido trabajo del obispo Ulfilas. Las crónicas sajonas del tiempo de Alfredo á 1154 no eran otra cosa que copia de las latinas que se conservaban en los monasterios.

Las Cruzadas fueron el grande acontecimiento de los siglos XII y XIII. Ellas dieron ocasión para que el estudio fuese más cultivado, á causa de la mezcla y roce de las diferentes razas y naciones que tomaron parte en este acontecimiento. El inglés, trasformado del anglosajón, se fijó en el siglo XIII y se hicieron versiones de muchas obras francesas. Se propagaron en esta época los estudios clásicos: Lanfranco, San Anselmo, Juan de Salisbury, Duns Escoto, Guillermo de Malmesbury son unos pocos de los nombres que brillaron entonces. En el siglo XIII salieron á luz los *Gesta Romanorum*, colección de fábulas, tradiciones y cuadros de sociedad que cambiaban según los países. Chaucer sacó las tramas para dos ó tres de sus cuentos de la novela *Apolonio*, perteneciente á esta colección, y no poco aprovechó Gowers de ella para mucho de su celebrado poema *Confesio Amantis*. Shakespeare, á su turno, se sirvió de la obra de Gowers para delinear los caracteres de Pericles, el Príncipe de Tiro y el Mercader de Venecia. Mas no sólo estas obras son hijas del *Gesta Romanorum*; hay otras muchas menos importantes.

Después del acceso de los normandos á Inglaterra, las obras maestras de la literatura fueron, por espacio de dos siglos, pertenencia exclusiva de la raza invasora. Wace escribió en francés, en el siglo XII, su *Brut d'Angleterre*. Bruto era considerado como hijo mitológico de Eneas y fundador de Inglaterra.

Los bretones se establecieron en Cornwall, Gales y Bretaña (Francia). Sus leyendas tradicionales les dieron mucha importancia; habían sido coleccionadas por Godofredo de Monmouth en 1138. En 1160 sirvieron á Wace

como fundamento de su poema, y desde entonces todos los poetas, autores de leyendas y cuentos, extrañan de ellas lo que podía convenirles. Fueron un tesoro casi inagotable para Shakespeare en la composición de *King Lear*, para Sackville en su *Ferrex y Porrex*, para Milton y para muchos otros. También los poemas caballerescos de la corte inglesa deben mucho á las leyendas bretonas. Hoy, todavía, podemos ver la grande influencia que tienen en la poesía del Reino Unido.

A instancias de Enrique II se escribieron, á fines del siglo XII, los seis poemas del ciclo inglés, que celebran las hazañas de Artús y los Caballeros de la Tabla Redonda, pero, aunque sus autores fueron ingleses, usaron la lengua francesa. Muchos de los poetas posteriores franceses calcularon sus obras sobre ellos.

Godofredo Chaucer, poeta del siglo XIV, imitó, con toda libertad, algo de la literatura francesa, de la latina y de la italiana. La mayor parte de sus incidentes y caracteres son tomados de los cómicos *Fabliaux* y de la poesía alegórica y pintoresca de los troveros y trovadores. *La Novela de la Rosa* fue tomada de un poema francés del siglo XIII; *Troilus y Cressida* es una traducción de Boccaccio, y la *Leyenda de las buenas mujeres* es imitada de una epístola de Ovidio. El benedictino Juan Lydgate (siglo XV) escribió versos á imitación de Chaucer, sobre temas escogidos en el *Gesta Romanorum*. Tomás Mallory, sacerdote del tiempo de Eduardo IV, nos ha dejado un cuento lindamente escrito en prosa inglesa antigua, *La Mort d'Arthur*, en que nos narra las aventuras de los Caballeros de la Tabla Redonda. El *Bruce* del escocés Juan Barbour, contemporáneo del anterior, es un recuento de la vida del rey Roberto. Esta obra le sirvió á Walter Scott para escribir su *Lord of the Isles*.

Al finalizar del siglo XV se despertó gran entusiasmo por la poesía escocesa, que vino á ponerse de moda. Enrique, el Cantor, llamado *Blind Harry* (El ciego Enriquito),

escribió su *Wallace*, lleno de pasión y de incidentes pintorescos. Roberto Henryson compuso esa preciosa égloga, *Robin and Makyne*, que, á no ser por la compilación de Percy, no conoceríamos. El obispo escocés de Dunkeld, Gavin Douglas, hizo la primera tentativa que se conoce de pasar á la lengua nacional la poesía clásica antigua, con su traducción inglesa de la *Eneida* (principios del siglo XVI).

En el siglo XVI los estudios clásicos tuvieron un gran cultivador en Inglaterra, en la persona de Erasmo. Sir Thomas More en su *Utopia*, obra en la que se forjó una república ideal comunista, inventó sin darse cuenta, una palabra (utopía) que desde entonces ha venido usándose para designar el ideal imposible. En ese mismo siglo Enrique Howard tradujo la *Eneida* y escribió algunos sonetos y poemitas líricos. El soneto lo había aprendido del Petrarca y le conservó ese tono amoroso que el poeta italiano le había impreso. Otra cosa que Howard imitó de los italianos fue el verso blanco ó suelto que usó en su traducción de la *Eneida*. Es de notarse que los mejores poetas ingleses aplaudieron la idea de Howard y lo siguieron en ella.

Desgraciadamente, el genio de Milton halló trabas en las mismas reglas que él se impuso, trabas que no tienen Dante ni el Tasso, sus modelos. Uno de los defectos de Milton es no prestar atención á la historia, la tradición y las leyendas; sin embargo, después trató de compensarlo con algunas fábulas ó apólogos sacados del Corán ó del Talmud.

La poesía inglesa se ha inclinado más á seguir el carácter y estilo de Milton que el de Spencer, poeta muy lleno del espíritu romántico de los teutones y trovadores, aunque, debidamente influidos por el Tasso, y á su pesar, por el Ariosto. Se cree que la Gloriana, reina de las hadas, que figura en sus obras, es la misma amada del rey Artús, el de las leyendas inglesas. El Tasso, principalmente, y otros poetas italianos, ejercieron mucha influencia so-

bre los poetas del tiempo de Isabel, especialmente sobre Spencer; muchos críticos opinan que su soneto LXXXI es traducido directamente del Tasso. De todos modos, es indiscutible lo mucho que los ingleses de la mencionada época tomaron de los italianos.

Después del período puritano, vino, para la literatura británica, otro de marcada imitación francesa. Pope y Addison adolecen de ella. Pope, con su traducción de Homero, hizo que los ingleses pudieran conocer al bardo griego, pero le faltó aquella majestad y sencillez que distinguen al original. La poesía de Thomson, descriptiva y llena del sentimiento de la naturaleza, encontró buen número de imitadores en Alemania y Francia, y fue tan grande el entusiasmo que despertó, que se hizo de moda la vida campestre, y todavía cuando ya el autor del *Castillo de la Indolencia* habla muerto, la reina María Antonieta se retiró al *Pequeño Trianón*, su casa de campo, á llevar vida pastoril y á cuidar rebaños.

En 1765 publicó Percy los famosos *Restos de la antigua poesía inglesa*, compilación que suministró una cantidad suficiente y bien escogida de las baladas de otro tiempo. Obra es ésta que, bajo el patronato de Scott, adquirió gran popularidad. Los poemas contenidos en este libro, junto con el *Fingal* de Macpherson, formaron una nueva escuela literaria en Inglaterra. En las poesías originales de Scott se encuentran á cada paso leyendas de la antigua caballería, y el mismo Byron no desdén tenerlas en cuenta para el desarrollo de su *Childe Harold*.

Parece que los poetas y novelistas del siglo XIX no hayan tomado elemento extraño ninguno; sin embargo, en lo que mira á la historia, el alemán Niebuhr ha sido muy imitado por Arnold en su *Historia Romana*.

El ocaso del siglo XIX y los albores del XX están caracterizados por la interdependencia de la literatura al través de las revistas periódicas. Inmediatamente que sale un artículo brillante lo traducen, y las versiones se publi-

can, casi al mismo tiempo que el original, en las revistas de todos los países. Este hecho sugiere la idea de que la literatura tiende á hacerse, en lo futuro, más cosmopolita, y, talvez, que poco á poco irá dejando de ser tan inspirada por la sociedad y la raza que la produzcan, como lo ha sido en lo pasado. Con todo, cuando estudiamos la historia de la literatura, antigua y moderna, no podemos menos de admirar su prodigiosa unidad, en medio de tanta variedad; nos pasa lo que al viajero que, después de haber recorrido todo el mundo, nota que en todas partes la naturaleza es uniforme.

Extrañas analogías ocurren en la literatura, entre épocas y razas muy distantes unas de otras, como estos casos: en una balada de la antigua Escocia dice la madre á su hijo estas palabras:

The wild wind is ravin', thy minnies heart's sair,
The wild wind is ravin', but ye dinna care (1).

Poco más ó menos las palabras de Danae al niño Perseo son las mismas:

The salt spume that is blown o'er thy locks,
Thou heedest not, nor the roar of the gale;
Sleep babe, sleep the sea
And sleep my sea of trouble (2).

Aquella invocación al buen tiempo que hacíamos cuando niños, en un día de lluvia, con las narices pegadas á los vidrios de la ventana:

Rain, rain, go to Spain, etc. (3).

es lo mismo que se encuentra en la historia del niño griego.

(1) El terrible viento ruge, y permaneces indiferente; ruge el viento salvaje, y no te cuidas de ello.

(2) No temes la salada espuma que se agita sobre tu cabeza ni tienes miedo de los rugidos del huracán: duérmete, niño, y que duerma también el mar, y duerma también el mar de pesares que me atormenta.

(3) Oh, lluvia, lluvia, véte á España, etc.

En el juego de la gallina ciega repetimos frases que han venido, por tradición, desde remotos tiempos. Así, el que está vendado dice:

I go a hunting a brassy fly (1).

A lo que los demás niños responden:

A hunting thou goest, but shalt not come nigh (2)

También los encantadores cuentos, como *El Gato con botas*, que leíamos en el libro de Perrault; *El Pulgarcito*, *La Cenicienta*, nos han venido desde tiempos inmemoriales. Las niñas del siglo XX dan á los cuentos de las hadas y á su maravilloso país la misma fe que le prestaban las chicuelas arrulladas por el Ganges ó el Tiber, ó las que jugaban á las sombras de las Pirámides, ó las que pasaban horas enteras oyendo á las abuelas, á la luz de la lumbre, en alguna choza de las montañas escocesas.

Ficciones y realidades

(Concluye)

Comprendía Jeromo, y esto lo llevaba harto inquieto, que ni sus padres, ni los arreos de su casa podían presentarse así, de buenas á primeras, ante la familia y los relacionados de Angélica, sin quedar en humillante desdoro. Porque en cuanto á don Aniceto y á doña Teresa, tenían apenas la educación estrictamente necesaria para las cortas relaciones de la parroquia, pero carecían en absoluto de la que se ha menester en la vida del gran mundo, y en lo que á la casa se refiere, nada había en ella que denunciara gusto, cultura ú orden. Sacando unos muebles que la adornaron por los días de la luna de miel y que andaban ya rotos y destartalados, los demás se debían á la impericia de

(1) Voy á buscar una mosca de color bronceado.

(2) Vas á buscarla, pero nunca se te acercará.